

*FABRICE HADJADJ*

# RESURRECCIÓN

*Experiencia de vida en Cristo resucitado*

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2017

## ÍNDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
<b>Manual de utilización</b> .....	3
Principio de realidad .....	5
Lo real en origen .....	7
Gloria y cotidiano .....	9
Levantarse por la mañana .....	11
Manual de utilización de este manual de utilización.....	13
<b>I. La bolsa o la vida</b> .....	15
Una imitación de las tres virtudes teologá- les.....	17
¿Trader o testigo? .....	19
¿Comprador o heredero?.....	22
Lo virtual y lo vivo .....	23
Futuro y porvenir, balance y memorial .....	25
<b>II. Las mujeres mirróforas</b> .....	29
Ungir al Ungido .....	31
El amor como la mirra .....	33
La prostituta, la madre, la mujer.....	35
El miedo de la resurrección .....	37
<b>III. El lienzo en su sitio</b> .....	39
«Después de usted».....	41
Un milagro por negación .....	42
Como una madre .....	44
Hacer limpieza .....	46
<b>IV. Vete a ver si estoy allí abajo</b> .....	49
No reconocimiento.....	51
Transmitir lo intraducible .....	52
Regreso del Edén .....	54

	<u>Págs.</u>
El problema de la Encarnación.....	56
Para abrirnos los ojos.....	57
El mayor en el menor.....	59
<b>V. ¿Tenéis algo de comer?</b> .....	61
Secreto de belleza.....	62
Dependencia y asunción.....	64
La ley de la mesa.....	66
Quien come mi carne y bebe mi sangre.....	68
<b>VI. Conforme a las Escrituras</b> .....	71
Mensaje vacío y presencia ilegible.....	72
La ascendencia antes de la Ascensión.....	74
Quien recapitula y rescata la historia.....	76
Dejarse leer por la Biblia.....	78
<b>VII. Sin aliento: decir buenos días y perdón...</b>	81
Contra el dualismo devoto.....	84
La curación: decir de verdad buenos días...	85
Tan sobrenatural y tan cotidiano.....	86
Cuanta más verdad, más necesidad de perdón.....	88
<b>VIII. Trae tu mano a mi costado</b> .....	91
Yo soy como santo Tomás... ..	92
Un impulsivo.....	93
Llagas eternas.....	95
Si negáramos un solo hecho de este mundo.	97
El que de buena fe ha dudado.....	98
<b>IX. Regreso a la pesca</b> .....	103
Y el Verbo se ha hecho carpintero.....	105
El hombre mediático y el hombre medieval..	107
El Padre labrador.....	109
Pescador de pecadores.....	111
<b>X. Indignidad pontificia</b> .....	113
Triple desconcierto.....	114

	<u>Págs.</u>
La alegría de sentirse indigno .....	117
La felicidad de acusarse a sí mismo .....	119
Ser (Santo) Padre .....	121
<b>XI. A todas las criaturas .....</b>	<b>123</b>
Si es una criatura .....	125
Todo se mantiene en él .....	127
Los tejemanejes de la Providencia .....	129
El mundo entero y el Reino del prójimo .....	132
<b>XI. Ofrecer que decapiten su cabeza (o que lapiden su cuerpo) .....</b>	<b>135</b>
Esteban, Saulo y Ananías .....	137
Hacer un brindis .....	139
El poder de la oración .....	141
Más radical que un yihadista .....	143
Para que seamos humanos .....	145
Frente a las contra-anunciaciones .....	146
Las apariciones del Resucitado como nuestra tentación en el desierto .....	148

## Manual de utilización

*¡Ah! sería fascinante que en el mismo instante, en el momento justo en el que nos están clavando en el ataúd, escapara de él y brotara un milagroso trino de flauta! ¡Qué sorpresa! ¡Qué lección para las familias! [...] ¡El primer Sr. Estira-la-Pata que no habría vivido en vano, que al fin hubiera descubierto y comprendido todas las gracias de la primavera! ¡Revolucionario de las Sombras! ¡Trovador en las tumbas! ¡Bufón canturreando en los Antros del Mundo! ... ¡Cómo me gustaría ser él! ¡Qué ambición! ¡Ningún otro, por supuesto!*

(LOUIS-FERDINAND CÉLINE,  
*Guignol's band*, vol. I)

Siempre he sido creyente, lo que resulta bastante comprensible: provengo de una familia más bien atea. Al principio creía en mis padres como si fueran dioses (no tuve que derribar el ídolo, pronto cayó por su propio peso). También creí en Chantal Goya<sup>1</sup>, cuando cantaba: «Esta mañana, un conejo ha matado a un cazador». Creí en Atlas, el príncipe de Eufor, que pilotaba Goldorak<sup>2</sup>. Creí en Charles Ingalls y en su *Casa de la pradera*<sup>3</sup> (desgraciadamente, durante demasiado tiempo porque vivía en medio de los edificios del barrio de La Défense<sup>4</sup>). También creía en la

<sup>1</sup> Chantal Goya es una cantante de canciones infantiles muy popular en Francia desde los años setenta (n. de la t.).

<sup>2</sup> *Goldorak* fue una serie de dibujos animados japoneses del estilo de *Mazinger Z*, que triunfó en Francia en los años setenta (n. de la t.).

<sup>3</sup> *La Casa de la pradera* es una serie de televisión estadounidense realizada entre 1974 y 1983 (n. de la t.).

<sup>4</sup> La Défense: barrio de negocios de París (n. de la t.).

playmate del mes, en *Playboy* (o *Newlook*, que significa «nueva mirada»). Creía que los alimentos crecían directamente en las estanterías de los supermercados (todavía me cuesta imaginar el tiempo que hace falta para que engorde un pavo o para que madure una manzana). Creí por un momento que mi sexo solo era un género y una ficción (pero acto seguido vi a una chica muy guapa, y la ficción me pareció tan real como un árbol en primavera). Creí en la revolución francesa y la revolución socialista, aunque mi padre solo fuera del CFDT<sup>5</sup>...

Pronto creí en Nietzsche, seguro de estar por encima del bien y del mal, y en Georges Bataille<sup>6</sup>, aunque de forma demasiado tímida como para implicarme totalmente en la disciplina de la orgía. Entonces creí en Hegel para intentar recapitular todos los momentos anteriores de mi creencia. Luego, al regresar del «saber absoluto», creí en Céline predicando el evangelio de *Viaje al fin de la noche*<sup>7</sup>. Creí al mismo tiempo en el budismo-zen —lo confieso— y me senté con directores comerciales y maestras menopáusicas para admitir la maravilla de mi íntima vacuidad. Evidentemente, creía mucho en mí mismo y sobre todo creía que no era creyente.

Y un buen día, ¡plof! El torrente de la vida se llevó los bártulos. Redescubrí que era judío y francés para descubrir enseguida, en unos viejos libros en francés, que Dios se había hecho judío. Tanto es así que me hice cristiano. Incluso católico. Fue el fin de los tiem-

<sup>5</sup> CFDT: sindicato francés de ideología socialista (n. de la t.).

<sup>6</sup> Georges Bataille fue un conocido filósofo francés cuyas influencias principales fueron Hegel, Freud, Marx, Marcel Mauss, el Marqués de Sade y Friedrich Nietzsche (n. de la t.).

<sup>7</sup> L. F. CÉLINE, *Viaje al fin de la noche* (Edhasa, Madrid 2011).

pos en que era tan crédulo. Y el inicio de una profundísima —y humillante— objetividad.

## **Principio de realidad**

La fe en un cierto carpintero galileo llamado Jesús, muerto y resucitado en Jerusalén «bajo Poncio Pilato» —es decir, en una pequeña provincia del Imperio gobernada por un pequeño funcionario de la administración romana— fue muy eficaz para que volviera a poner los pies en el suelo. Esta fe es demasiado detallada como para dejarnos ir flotando en las abstracciones de las «ciencias» o las «espiritualidades». Ante todo, el hecho de la resurrección es un principio de realidad demasiado severo. Los que creyeron en ella eran pescadores que sabían arreglar sus redes, albañiles capaces de construir catedrales, monjes hábiles en desbrozar y trabajar el campo, es decir, gente sumamente (altamente, extraordinariamente) práctica y concreta. Para ellos, creer en el Resucitado era igual de sólido que plantar trigo o construir una basílica romana. Incluso más sólido, ya que se apoyaban en esta fe para elevar lo mismo una bóveda que una espiga.

Los evangelios de Pascua van en ese sentido. Toman nuestras quimeras a contrapelo. Si tuviéramos que imaginarnos a un hombre que hubiera entrado en la gloria de Dios, nos lo representaríamos inconfundiblemente haciendo cosas extraordinarias: brillando más que una estrella en la ceremonia de los Óscar, haciendo malabarismos con las estrellas del cielo, estableciendo una armonía que hará que el lobo habite con el cordero y el leopardo se tumbe con el cabrito (cf. Is 11,6)... Ahora bien, hay que reconocerlo, Jesús

resucitado no hace nada de eso, apenas realiza milagros. Aparte de una red de peces llena a rebosar y una ascensión en la que dos hombres vestidos de blanco enfrían a los testigos interpelándolos: «¿Qué hacéis ahí plantados mirando el cielo?». O, si los hace, son una especie de milagros al revés, en el sentido de la discreción, la cautela.

Curiosamente, tras su resurrección no solo resplandece menos que en su transfiguración en el monte Tabor, sino que ni siquiera tiene el carisma de antes: María Magdalena lo toma en un principio por un sencillo hortelano, los discípulos de Emaús por el mayor ignorante de todos los habitantes de Jerusalén, los apóstoles por una especie de pescador jubilado en la orilla del lago de Tiberiades... Ha pasado de la vida a la muerte, ha regresado de los infiernos e insiste, a pesar de todo, con un pudor inexplicable, en manifestarse como un transeúnte. Los evangelistas insisten en esta modestia: «Se presentó en medio de ellos» (Lc 24,36; Jn 20,19.26). «En medio de ellos», lo que quiere decir que lo hacía con una familiaridad sorprendente, más sorprendente que cualquier aparición fantástica, porque es este orden de cosas que nos esperaríamos de una fantástica aparición.

Nos esperamos esta fantástica aparición hasta tal punto que no leemos lo que está escrito: nos imaginamos que ha atravesado las paredes, ha pronunciado palabras esotéricas, se ha presentado como un súper atravesador de murallas aureolado de luz. Nada de eso. Sencillamente ha estado allí. Les ha dicho: «Paz a vosotros», lo que equivale a decir buenos días. Ha partido el pan, ha comido pescado asado, ha compartido su comida. Les ha explicado las Escrituras como se cuenta en la mesa una aventura que nos hubiera



ocurrido últimamente. Y en lugar de hacer una demostración de fuerza —doblando por ejemplo una barra de hierro con el poder la mente— les ha enseñado sus llagas. En los milagros ordinarios, las llagas desaparecen: aquí permanecen eternamente.

## **Lo real en origen**

Después de todo, hay algo mejor que hacer cosas extraordinarias: iluminar lo ordinario desde el interior. Y Jesús no sabría hacerlo de otro modo si realmente es el Verbo creador y redentor, el mismo que crea y salva, el mismo que salva al que crea, sin el que no salvaría nada (nada de «tabla rasa», sino una tabla que implica «el fruto de la vid y del trabajo del hombre»). Él ha inventado lo ordinario, ¿cómo iba a despreciarlo? Así que lo rescata, lo realza, saca fantasía de él. Por supuesto, se ha dejado llevar de vez en cuando por prodigios impresionantes e incluso bastante numerosos, como sanar a los enfermos por un simple contacto con su ropa o dar de comer a miles de hambrientos con lo que habría servido para un aperitivo para dos. Pero hay que reconocer que, a la escala de su estancia en la tierra (unos momentos de los tres años de su vida pública contra treinta años de vida oculta) y, sobre todo, para alguien que es todopoderoso, son efectos bastante limitados. ¡Y con razón! Si hubiera hecho brotar una ciudad entera del suelo, correríamos el riesgo de olvidar que ya había creado el universo entero. Si hubiera fabricado tejados con un chasquido de dedos, al final no entenderíamos que hizo algo mucho mejor: hombres con todos sus miembros, que inventan, con la energía que les da,

el arte de la carpintería. Moisés puede abrir con su bastón el Mar Rojo. Jesús, Verbo eterno, es el autor de ese Mar Rojo, hasta el mínimo destello de la menor de sus olas, de modo que lo más asombroso por su parte no es partirlo en dos con un gesto, ni calmar la tempestad (¿qué podría ser más natural?), sino pedir un vaso de agua a la samaritana.

Igualmente, sus pocos milagros acaban siempre por desbaratar lo espectacular. El redentor no sabría eclipsar al creador porque es un único y mismo Dios. Esta es la razón por la que sus actos extraordinarios no tienen como fin desviar, sino, en su origen y providencia insondables, llevar a lo ordinario. Cuando devuelve la vista al ciego, es para que se maraville al ver como todo el mundo. Cuando cura a la suegra de Pedro, es para que Pedro pueda admirar a su suegra (¡milagro de segundo grado!). Cuando saca a Lázaro de su tumba es para que pueda morir otra vez con toda verdad.

Para permitir el encuentro es necesario citarse a una hora precisa, pero nada impide que un encuentro pueda ocurrir fuera de un horario. Un buen director de escuela que ha establecido un horario puede suspenderlo excepcionalmente para organizar una pequeña fiesta no prevista donde recordará el sentido de dicho horario y de su fastidiosa puntualidad: si suena la campana, no es para que los alumnos entren en fila, sino más bien para permitir una confrontación del profesor de perilla con el alumno con orejas de burro que nunca habrían pensado en encontrarse de otra forma. Del mismo modo, el milagro solo suspende el curso ordinario de las cosas para volver a abrir nuestros ojos cerrados por la rutina y desvelar el don

que se esconde tras el ajeteo habitual. El milagro surge de la fuente de lo real más directamente que la propia realidad: la realidad levanta así su falda y hace entrever su vertiginosa originalidad. Ya no nos sorprendemos por ver, no hay nada más común. Pero cuando el ciego de nacimiento se pone a ver milagrosamente como todo el mundo, la vida nos aparece como es realmente: un don del Invisible. Y así todo: según el mismo proceder, la suegra aparece como una bendición del Eterno, y la muerte como la posibilidad de la ofrenda suprema...

## **Gloria y cotidiano**

Tocamos aquí uno de los problemas más importantes de la existencia, algo que parece la cuadratura del círculo y que podría llamarse la reconciliación de la gloria con lo cotidiano. Hay sin duda una cierta mediocridad en contentarse con lo cotidiano y no ambicionar la gloria. Pero también existe la bajeza de alegrarse por una gloria en la que uno se tuesta bajo los fuegos de los proyectores y no saber ser ya agradecido por el sol de cada día.

¿Cuántos artistas han encontrado inspiración porque querían ahorrarse pasar la aspiradora? ¿Cuántos filósofos han forjado poderosas teorías sobre el hombre por querer evitar vivir con una mujer? Algunos conquistadores construyeron imperios por ser incapaces de cultivar un jardín. Ciertos escritores han producido obras de arte por miedo a tener que educar a niños. En cuanto a los futuros superhombres, son evidentemente los más incapaces de todos. Sus prótesis biónicas ignoran la revolución de una sencilla

caricia o la felicidad de fabricar un mueble con sus manos. Si desean conexiones permanentes con memorias de 1.000 petabits es porque nunca han sabido mirar los pájaros del cielo ni contemplar los lirios del campo (cf. Mt 6,26-29). Y si, gracias a un control sanitario cada segundo, esperan hacerse inmortales, es porque no tienen nada por lo que dar su vida (por eso, estos inmortales vivirán menos tiempo que muchos mortales: muy pronto tendrán ganas de entregarse a los últimos progresos de la eutanasia). Su obsesión por los superpoderes es la marca de su impotencia: no consiguen recibir lo presente de cada presencia, lo sensacional de cada sensación...

El Resucitado no es uno de estos superhombres. Su gloria esposa lo cotidiano. Apenas ha llegado a la cima de la perfección y no encuentra nada mejor que encontrarse con sus amigos para conversar y comer con ellos. Quiere mostrarse simplemente humano y solo esto bastaría para demostrar que es Dios (un simple humano sobre todo no quiere aparecer simplemente humano, sino que tiene la molesta tendencia a pasarse para aparecer *como un dios*). El Resucitado no juega con las estrellas porque las estrellas ya son su juguete. No brilla como una estrella del espectáculo porque quiere iluminar el careto del cualquier paisano. Y hace que «el lobo viva con el cordero y que el leopardo se tumbé con el cabrito» ya que envía a sus discípulos «como ovejas en medio de lobos» (Lc 10,3) y me da el don de acostarme fielmente con mi mujer (no diré quién de los dos es el leopardo).

## Levantarse por la mañana

Esta es la tesis que organiza este pequeño libro: las apariciones del Resucitado tienen un carácter eminentemente práctico. No son fantasmagorías para huir del *hic* y especular sobre lo lejano; nos reconducen al amor al prójimo, nos enseñan a ver las cosas de «allá arriba», es decir, no cosas distintas de las que ve el común de los mortales, sino las mismas cosas a partir del Espíritu. «Todavía no se había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado», observa Juan (7,39). Y Jesús lo explicita en su último discurso antes de la Pasión: «Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito. En cambio, si me voy, os lo enviaré» (Jn 16,7).

La Pascua se cumple en Pentecostés. Podemos haber salido de Egipto, pero esta liberación habría sido el mayor desastre si cada hebreo hubiera abandonado la esclavitud para convertirse en un pequeño faraón. Podemos admirar la victoria del Resucitado, pero esta ascensión sería la mayor caída si el fiel se deshiciera de su miedo a la muerte para convertirse en un monstruo de soberbia, despreciar las obras del creador, ignorar la unidad del Mesías. La glorificación de Jesús debe desembocar en la desaparición del Resucitado y el envío de su Espíritu, que hace vivir lo cotidiano porque brota de y hacia el Inefable.

Los verbos que traducimos solemnemente por «resucitar» (*egeirô*, *anistêmi*) en griego significan acciones ordinarias: levantarse, despertarse, ponerse de pie. El ángel Gabriel lo utiliza con José: «Levántate, toma al niño y a su madre» (Mt 2,13). Jesús, con el paralítico: «Levántate, coge tu camilla y echa andar» (Mc 2,9). ¿Qué hay de más banal que mantenerse so-

bre las dos piernas? Solo un ex paralítico puede recordarnos que es un privilegio. Y un doble privilegio por el hecho de añadir los brazos y de pasar de estar postrado a ser camillero (lo que el camillero habitual olvida a menudo, porque cree estar en posición de socorrer cuando sobre todo está en posición de ser socorrido por Dios). La camilla que antes lo transportaba, la transporta ahora el antiguo paralítico como emblema de esa delicia sin igual. En esto es más fuerte que el ciborg hastiado de tener piernas y que en su lugar quiere reactores.

En el mismo orden de ideas, ¿qué hay de más ordinario que ser padre? ¡Incluso nuestro padre ha conseguido serlo! Del mismo modo, creemos con facilidad que es mucho mejor ser experto en un sector particular y preferentemente innovador. Y, sin embargo, ni José ni María trabajan en este tipo de sector. Su sagrada familia nos recuerda que, más que la invención tecnológica o incluso artística, la paternidad y la maternidad son la culminación y la novedad eternas. Los ángeles descienden del cielo para estas cosas tan banales, mientras que no se mueven para la fabricación de una inteligencia artificial superior (a lo mejor lo harían para hacer que no funcionara).

Cuando se perfecciona la máquina es sobre todo para que podamos permanecer bajo las mantas divirtiéndonos con películas de evasión. Pero Cristo resucita ante todo para que podamos levantarnos por la mañana, simple y llanamente, en acción de gracias (para lo que no bastaría una Nespresso).

## Manual de utilización de este manual de utilización

Ya hay una publicación tristemente famosa que se titula *Suicidio, manual de uso*<sup>8</sup>. Propone técnicas bastante expeditivas para hacer que el corazón se pare o para que explote el cerebelo. Por desgracia, con la resurrección no podemos pretender semejante eficacia. Es relativamente fácil poner fin a nuestros días; en cambio, es mucho más duro darles un inicio. Uno no se tira desde seis pies bajo tierra como lo hace desde un sexto piso. Soy capaz de eliminarme de entre los vivos, pero no de resucitarme de entre los muertos.

Sin embargo, esta imposibilidad corresponde a otra imposibilidad más corriente: darme a mí mismo la vida. En efecto, es igual de imposible resucitarse que darse la vida. Y, sin embargo —algo increíble para nuestro orgullo—, hemos nacido. Sin duda, replicaríamos que darse la vida es imposible al hombre en cuanto individuo, pero no al hombre en cuanto especie (ya que hemos hecho nacer evidentemente a un determinado número de niños), mientras que resucitar es imposible para la especie y para el individuo. A esto responderé que la analogía tiene indudablemente sus límites, pero que bajo una determinada relación no por ello menos importante, conduce más bien a afirmar que es más imposible nacer que resucitar y que, además, por esta razón la tecnología más avanzada tiende más a fabricar individuos que a dejarlos nacer (de lo que podemos excusarla por ello).

<sup>8</sup> C. GUILLON - Y. LE BONNIEC, *Suicidio, manual de uso* (La Tempstad, Barcelona 1991).

En el fondo, aceptar nacer es más fundamental y difícil que aceptar resucitar. Por un lado, renacer directamente de Dios es más exaltante que nacer de Janine y Raymond. Por otro lado, para aceptar nuestro nacimiento en este lugar y en este tiempo con este cuerpo nada ensoñador y en este ambiente doloroso para acabar por palmarla muy probablemente como un perro, hace falta sin duda creer que hay una determinada providencia detrás de ello. En último lugar, es la resurrección la que hace que el nacimiento no nos parezca vano (las religiones que rechazan la resurrección ven siempre el nacimiento como un castigo o una caída; y muchos no se suicidan sobre todo porque lo único que podría satisfacerlos realmente sería el no haber nacido nunca). Pero lo cierto es que es la misma apertura a la vida la que está en juego tanto en la fe en la resurrección como en la aceptación de nacer: una vida que va por delante de nosotros y nos sorprende siempre.

Este manual de utilización no permitirá por tanto que «esto funcione» (para ello, valdría más las instrucciones de un ordenador o de un revólver). Únicamente pretende que estemos bien vivos.